

nunca negar á pobre alguno limosna, sino de hacerlas doblado mayores; y cumplió su promesa tan largamente, que dió de allí adelante dos tantos más, y la Cuaresma tresdoblado.

La obediencia estimaba más nuestro José, que su misma vida; no queria que dejasen los Superiores cosa alguna á su albedrío, sino ser mandado en todo. Guardaba todas las reglas exactísimamente, pero, con todo eso, iba muchas veces al Superior, é hincado de rodillas le pedia perdon y penitencia por la falta de observarlas. Todo trabajó por obediencia no sólo le era fácil, sino gustosísimo.

Caminando un día con otro de la Compañía, iban los dos descalzos los pies y por camino áspero y lleno de agua y cieno, y así iban con gran fatiga; pero deseoso el santo varon de mayores trabajos, dijo al compañero: «H. Jerónimo Suarez (así se llamaba) algunos desean que les coja la muerte en varias partes ó colegios, conforme el afecto de cada uno, para pasar aquel último trance con mayor ánimo y consuelo, ayudados de la caridad de sus Hermanos; pero yo digo, que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos.»

Todas las obras que le encargaba la obediencia, las procuraba hacer con suma perfeccion, aunque se consumiese del trabajo que le costarian. Era excelente en la latinidad y buenas letras, y así, en llegando al Brasil, siendo Hermano, le encargaron enseñase la lengua latina en Piratininga. No habia la copia de libros necesaria para los discípulos; remediábala el siervo de Dios con su trabajo, porque por su misma mano escribia lo que habian de aprender de los libros, repartiendo á cada discípulo su cuaderno. Faltábanle los dias para esto, pero él lo suplía de las noches, pasándolas sin dormir, cogiéndole la mañana con la pluma en la mano.

Habiendo escrito bastantes cuadernos de autores y preceptos gramáticos, y no se satisfaciendo su encendido celo de sola aquella ocupacion, deseoso de la salvacion de aquellos bárbaros, aprendió la lengua brasil con tal perfeccion, que hizo despues un diccionario de ella y un arte utilísima que se dió á la estampa, para que los de la Compañía aprendiesen con gran facilidad la lengua.

Tradujo la Doctrina Cristiana en lengua brasil. Hizo un interrogatorio para las confesiones de los indios, y unos avisos necesarios para instruir á los brases cristianos en la hora de la muerte. No podia sufrir los cantares deshonestos que entonan por las calles los muchachos; y así compuso otros honestos y piadosos, porque era excelente poeta, con los cuales desterró los lascivos; compúsolos con tanta gracia, que los recibieron todos tan bien, que no se cantaba ya otra cosa sino aquellos cantares llenos de alabanzas divinas.

## III

*Ocupaciones de Hermano, con notables maravillas que obró.*

Desde este tiempo empezaba á hacer oficio de apóstol de aquellos bárbaros y Dios á hacerle maravilloso, porque habiéndole mandado su Superior hiciese una comedia, como se suele hacer en los estudios de la Compañía, del respeto que se debe á las cosas sagradas y divinas, para que reparase en esta parte el daño que se temia por el mal ejemplo que algunos cristianos de Europa daban á los indios recientemente convertidos; hizolo el obediente José, con gran deseo de obedecer bien y aprovechar al pueblo.

Por ser cosa nueva concurrió mucha gente; estaba ya para representarse, cuando sobrevino una terrible tempestad que empezaba á descargar sobre el auditorio; levantábase ya la gente para irse; salió entónces nuestro José, despues de haberlo encomendado á Dios, diciendo á voces que se sosegasen, asegurando que no lloveria, porque pararian las aguas hasta que se acabase la comedia. Tenia tanta autoridad para con todos la santidad de José, que bastó esto para sosegarlos y quedar todos muy seguros que seria así. Duró tres horas la comedia, amenazando cada instante con cántaros de agua las nubes; pero tenialas atadas la oracion del siervo de Dios hasta que se fué la gente; entónces descargó la tempestad violentada tantas horas, resolviéndose en agua con grandes torbellinos y temerosos truenos.

Con semejantes sucesos y con sus raras virtudes ganó tanta opinion nuestro José que, aún siendo Hermano, le ocupaban los Superiores en negocios de grande importancia.

Enviábanle á misiones dificultosas á visitar á algunos colegios de la Compañía; y en la guerra de los tapuyas, gente ferocísima y comedora de carne humana, le enviaron con el P. Manuel de Nobrega, que acababa de ser Provincial, por embajador, para tratar de la paz. Fué necesario quedarse solo José por rehenes entre aquellos bárbaros que estaban atónitos de su modo de vida tan santa. Ofrecíanle, por hacerle fiesta, sus mujeres: admirábanse que hubiese hombre en la tierra que no admitiese aquella cortesía y que pudiese vivir continente. Dábales á entender el santo mancebo cómo se conservaba casto, mostrando las disciplinas, cilicios y otras asperezas con que affigia su carne.

Antes de partirse el P. Nobrega le avisó el santo H. José de tres cosas que Dios le habia revelado aquella misma noche. Una fué, que cierto fuerte ó castillo de los nuestros habian entrado los enemigos tapuyas con muerte del

alcaide, llevando cautiva á su mujer y familia. Otra, que un galeon que venia cargado desde Portugal tomara presto puerto. La tercera, que un conocido del Padre habia muerto desastradamente, pasando por encima de él un carro. Todo sucedió como lo dijo el siervo de Dios. Esto último avisó al Padre Nobrega, porque encomendara á Dios al difunto. Los otros dos puntos, porque importaba lo supiese, para disponer las condiciones de la paz.

Cuando se vió solo José en medio de tantos peligros de alma y cuerpo, porque muchas veces le quisieron matar y comérsele los bárbaros en un solemne banquete, y la presencia de las mujeres desnudas y convidarle con ellas, era una continua lucha y pelea contra su carne purísima; aumentó las penitencias, ayunos y oracion, tomando por especial Patrona á la Virgen Santísima. El tiempo que le sobraba de su larga oracion predicaba á aquellos gentiles la fe de Cristo y catequizaba á muchos.

Sucedióle aquí un caso milagroso. Una mujer de aquellas bárbaras con increíble inhumanidad enterró vivo á un nieto suyo, porque no era parto legítimo de su hija; avisaron al H. José de lo que pasaba, acudió á la sepultura, hizo desenterrar al niño que le sacaron vivo despues de media hora de enterrado, espantándose todos aquellos bárbaros de tan raro milagro: bautizóle y dióle á criar á mujeres más humanas que su abuela.

Acostumbraba el siervo de Dios, despues de haber enseñado la doctrina á los brasiles que iba sujetando al suave yugo de Cristo, retirarse al campo á rezar el Oficio Divino, aunque no estaba ordenado de Orden Sacro. Vieron los indios que venia entónces una hermosísima ave, que parecia bajar del cielo, matizada con mil colores, la cual con blando y apacible vuelo hacia fiesta al santo Hermano, y con alegres vueltas le saltaba ya en los hombros, ya en los brazos, ya en el mismo breviario. Con todas estas cosas era rara la estima que tenian los tapuyas de su prisionero José; pero, para tenerle Dios humilde, permitió en él, como á otro S. Pablo, el estímulo de la carne.

Veníanle importunos pensamientos con la vista ordinaria, para él horrible, de las mujeres desnudas: quiso para ocupar la imaginacion y divertir tan abominables pensamientos, celebrar en verso latino toda la vida de la Madre de Dios, y, aunque no tenia con qué escribir, era tan rara su memoria, que fiado de ella compuso un ilustre poema de la vida y grandezas de la Santísima Virgen. Fué tan agradable servicio á esta agradecida Señora, que se le apareció á José, cuando estaba en mayor peligro de la vida, asegurándosela porque pusiese fin y perfeccion á aquella obra.

Dilatábase la paz más de lo que los tapuyas pensaron, y enfadados de los portugueses, quisieron matar al que tenian en rehenes; señalaron ya el día en que habian de banquetear con las carnes del siervo de Dios. El santo Her-

mano les dijo con gran paz y seguridad: «Yo sé que no me matareis, que no ha llegado aún el tiempo de mi muerte,» porque la Reina del cielo le habia asegurado de ella.

Rompieron los bárbaros las treguas, cautivando algunos portugueses; querian ya comerles, por dilatarse el rescate; pidióles el santo H. José que esperasen sólo un día, prometiéndoles que al siguiente, cuando el sol llegase á cierto lugar que señaló con la mano, vendrian los que habian de rescatar los cautivos, nombrando las personas que habian de venir, por ser conocidos de los indios, y especificando muy por menudo las cosas que traian, contando el número de las ropas y suertes de mercaderías que les darian, porque entre los tapuyas no se usaba moneda. Añadió que, si no sucediese todo como les decia, que le matasen y comiesen á él; pero el suceso aseguró á nuestro santo Profeta. Admiró á los bárbaros y alegró á los pobres cautivos, viendo ya su redencion y promesa de José cumplida.

Pero no fueron estos cautivos solamente los que libró el siervo de Dios de la inhumana voracidad de los indios.

Un portugués, llamado Arias Fernando, que habia venido á ver al H. José, supo cómo le querian matar los indios; acudió luego al santo Hermano muy desconsolado y afligido, pidiendo le ayudase en tan evidente peligro de su vida. Díjole José que bien podia estar sin pena, y señalándole cierta parte del mar, le mandó fuese allá al día siguiente y esperase un navío que allí habia de surgir, que se huyese en él. Hízolo así como el siervo de Dios se lo ordenó, sucediendo todo como lo habia dicho.

Concluidas las paces, fué restituido el H. José á los nuestros, acompañándole los mismos bárbaros con particular fiesta y regocijo; pero, porque quedaron dos naciones rebeldes, se hubo de proseguir la guerra, llevando consigo los portugueses al santo Hermano como singular amparo de sus armas, y, lo que más es, de sus mismas almas, aunque no era Sacerdote; pero su ejemplo y santas palabras movian los corazones de los soldados de manera, que parecian todos religiosos en la frecuencia de Sacramentos y aficion á las cosas de piedad; y no les aprovechó poco para el suceso de la guerra.

Estaban unos indios amigos ya para retirarse por falta de vituallas y porque la *Capitana* de los nuestros no llegaba. Detuvóles el H. José, prometiéndoles que, ántes que pasase el día siguiente, tendrian todo lo que deseaban. No pasaron muchas horas, cuando les llegaron tres barcos llenos de vituallas, y al día siguiente muy temprano llegó la *Capitana*, que habia sido muy esperada, saliendo verdad todo lo que les habia prometido el siervo de Dios, el cual encomendaba á Su Divina Majestad el suceso de la guerra, y así alcanzaron los nuestros victorias milagrosas. Y aunque se partió de la armada,

por haberle llamado los Superiores para que se ordenara de Orden Sacro, no por eso dejaba de tener presente delante de Dios á los soldados, haciendo oracion por ellos y revelándole nuestro Señor lo que sucedia.

Una noche á deshora, dijo al P. Nobrega con quien entónces estaba: «Demos gracias á Dios nuestro Señor, porque los nuestros han alcanzado victoria de los enemigos.» Fué así, que aquel mismo dia la alcanzaron muy insigne, con que se acabó de limpiar de enemigos el Riojaneiro. Ordenado de Sacerdote, decia la Misa el siervo de Dios con gran devocion, y muchas veces le vieron, mientras celebraba, levantado en el aire.

## IV

*Siendo Sacerdote y misionero, le suceden cosas maravillosas.*

A pocos dias despues de Sacerdote, sucedió un caso raro, en que se echó de ver lo mucho que agradaban á Dios los sacrificios de su siervo.

Vivian dos hermanas indias, ambas cristianas y casadas, una en el lugar de S. Vicente y otra en una aldea vecina. Vino la aldeana á la villa á ayudar á su hermana en su trabajo ordinario, que era hacer cera hilada, la cual revuelta en rollos ó en otra forma semejante, sirve á la gente ordinaria en el Brasil, para alumbrarse en las noches. En ocupaciones como estas se enseñaban las indias al trabajo y á la policia de la vida humana.

Haciendo ambas hermanas su labor, la aldeana formó para sí de la cera dos velas, y preguntada de su hermana ¿á que fin las hacia? Respondió: Helas de ofrecer al P. José, para que á devocion de mi nombre diga una Misa cuando yo fuere santa: quiso decir, cuando sea muerta de los enemigos por la fe cristiana, y alcanzare palma de mártir. Ofreció sus velas al santo Padre, de clarándole el fin de su oferta, suplicándole la dijese aquella Misa, pues eran tan agradables á Dios sus sacrificios.

Pocos dias despues entraron los indios en los términos de S. Vicente, y entre otros cautivos llevaron á esta mujer, que viniendo á manos de un capitán de los enemigos, la quiso forzar; resistió ella valerosamente, diciendo que era cristiana y casada legítimamente, y no habia de hacer ofensa á su marido ni á su Dios. Ofendióse el bárbaro de tan constante resistencia, y con grande crueldad mató á la casta india. Aquel mismo dia supo el P. José por divina revelacion todo el suceso, y encendidas aquellas dos velas, dijo Misa de mártir con las oraciones y lecciones que acostumbra la Iglesia, y en todos los lugares de la Misa que ordena el ceremonial, pronunció el nombre de la india dichosamente muerta, como de santa mártir. Distaba el lugar de

su muerte más de treinta leguas de la villa de S. Vicente, donde á la sazón vivia el siervo de Dios, el cual preguntado del P. Nobrega, qué santa era aquella, á quien aquel dia habia ofrecido el sacrificio de su Misa, dijo el nombre de la india, muy conocida en S. Vicente por su piedad y devocion, afirmando que aquel mismo dia habia sido muerta por la castidad, y subido su alma al cielo.

Tambien las ánimas del Purgatorio, codiciosas del bien de sus sacrificios, se los pedian; y así sacó á muchas del Purgatorio ántes que se supiese su muerte.

Un dia de S. Juan Evangelista, que es el tercero de Pascua de Navidad, dijo la Misa de Difuntos, que suele ofrecerse en la muerte de un difunto particular. Preguntóle su Superior por qué en dia tan festivo habia dicho aquella Misa, dijo que porque aquella misma noche habia muerto en el colegio de Loreto en Italia un Padre de la Compañía, que fué su condiscípulo en Coimbra. Volvióle á preguntar el P. Rector, qué sabia de su estado Respondió, que cuando llegó á aquellas palabras del Cánón: *Omnis honor, et gloria*, habia entrado en el cielo aquella alma dichosa.

Estando en Piratininga, gobernaba aquella casa el P. Adan Gonzalez, hombre de muchos años, el cual estando una mañana orando en una azotea descubierta al cielo, vió pasar por el aire un escuadron de gente, que no discernia bien, entre los cuales oyó á uno que le decia: «Padre, Padre, ruega á Dios por mí, que yo soy.» Conoció que aquella era la voz de un hijo que tenia tambien en la Compañía, llamado Bartolomé, porque habia sido casado ántes. Estaba entónces el H. Bartolomé estudiando en el colegio de la Bahía. Fuese luego el P. Adan al P. José, que habia llegado allí, para saber cómo estaria su hijo; porque, como hombre santo y á quien Dios nuestro Señor revelaba sus secretos, esperaba que le habia de decir lo que habia: y así, sin decirle nada de lo que habia visto, le preguntó: «Vale bien por ventura á Bartolomé.» Bien, respondió el santo varon, «no hay para que V. Reverencia esté cuidadoso;» y mudando plática lo divirtió de aquella imaginacion.

De allí á un año vino una nave que traia las nuevas de la muerte del Hermano Bartolomé. Pidió el P. Adan al siervo de Dios que añadiese una Misa por su hijo, á las que usa decir la Compañía por los difuntos. Respondió el P. José que ya le habia dicho cinco Misas y que no habia tenido necesidad de más su dichosa alma, y que las dijo cuando tuvo él aquella vision en la azotea; porque entónces habia muerto el H. Bartolomé, aunque la distancia de los lugares y poco curso que habia en aquel viaje, no habia dado lugar á que viniese la nueva. Pero Dios habia revelado á su siervo la muerte del hijo para que rogase por él, y juntamente la vision del Padre.